

ANTONI TÀPIES

EL ARTE COMO SUSTANCIA SAGRADA

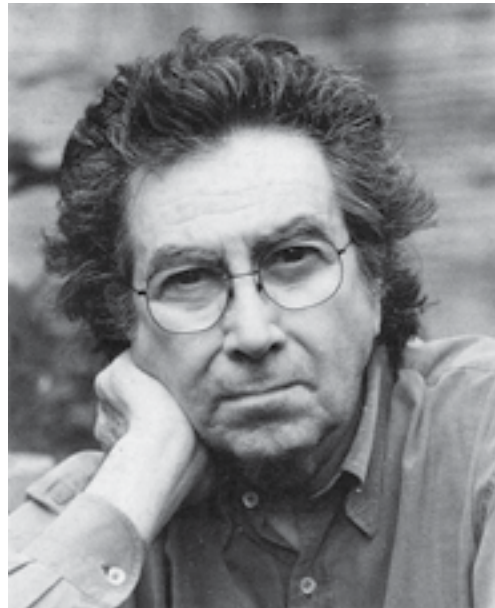
Christian Velázquez

*La forma no tiene realidad sin el espíritu,
no hay fragmento sin el todo*
Jan Hendrix, artista plástico

Reconocido como uno de los exponentes más importantes de la segunda mitad del siglo XX, Antoni Tàpies (Barcelona 1923-2012), pintor, escultor y teórico del arte, representante del informalismo, perteneció a la primera generación de artistas modernos españoles que desarrollan su carrera después de la Guerra Civil.

Artista solitario, hermético, iconoclasta, son algunas de las características que hacían cotejo con su propio apellido, cuyo significado también recae en la palabra “tapiar”: cercar, tapar, alejar, codearse con un mundo de penumbras y ensimismamientos; partir de una suerte de extimidad y regresar a ella. Su trabajo estuvo constituido por la búsqueda y experimentación, al igual que reinventando a cada momento su lenguaje personal pero manteniendo su esencia ante todo, presencias que surgían dentro de los confines de sus dos principales moradas: su casa y su propia mente, y con ello, dar a sus formas precisas texturas con sus propios delineamientos y espacios, por lo que sus creaciones poco a poco fueron adquiriendo diversas riquezas conceptuales, simbólicas y artísticas. Su creatividad surge de una filosofía interior, ésta, aunque influida por el pensamiento oriental, logra una especie de fusión, un sincretismo que anuda en ambas vertientes lo que va a dictar, orientar y permear, sobre la armonía de sus trazos y de la transformación continua siempre con una visión insaciable ante su inmediatez.

Tàpies se ilumina por la unión de las formas puras, las infinitas combinaciones posibles, eso abre la puerta a un mundo de posibilidades dentro del arte, y eso también le agrega un peso específico a la obra, teniendo como aliado leal a la incertidumbre que se conecta en directo con el asombro. Los contrastes y la dinámica dentro del amplio espectro contemplado en el desarrollo de su plástica en el mismo momento en el que el lienzo en blanco se trastoca provocativo, que lo obliga a indagar entre sus propios



recovecos sombríos que lo enfrentan ante la instancia de que existe un universo delante de él por traducir y plasmar.

Por otro lado, la mezcla que hace entre escultura y pintura tiende a difuminar sus intrínsecas fronteras para convertirse de una vez en una fusión de ambas: una pintura escultórica. El desarrollo y concretización de ese complejo es el que precisamente da a su obra, en su conjunto, su unidad y su vida, su fuerza y armonía, su particularidad; y en el detalle, su símbolo y su vértigo. Para nuestro artista, el arte surge de una dicotomía entre lo sacro y lo profano, división que tiene lugar en la imagen mental suya y que busca, en la tangibilidad material, una expresión inequívoca, donde sus trazos se vuelven acción y símbolo a la vez, en un fulminante vigor del enlace perpetuo. Como señala el crítico de arte Herbert Read: “Tàpies no transforma el material plástico en objeto real, sino el objeto real en creación plástica”.

Así, sus formas tal vez extravagantes, con trazos sin sentido aparente, con dimensiones ritualizadas, se expresan salidas de una especie de excitación sacra e intelectual, que bulle a través de una constante de formas y colores; en este sentido, el artista no busca la huella de su tiempo en su obra, sino



más bien se procura la intención de rescatar las formas perdidas, pero sin dejar de mostrar sus visiones e inquietudes; es decir, la posibilidad de improvisación psíquica. Hubo una época en que Antoni Tàpies quiso desacralizar muchas cosas, sin embargo, conservar un espacio sacro como el museo es muy importante: “no hay que facilitar demasiado al público el acceso a las obras de arte” —dice Tàpies—, el arte no debe bajar a la calle. Esos objetos no deben perder su aura, deben ser expuestos en su templo”. En su lucha permanente contra la pintura académica, el artista catalán confiesa que no tiene más sistema que el rechazo a todos los sistemas. En ese trabajo, el más solitario de todos, tal vez comparado con el del escritor, Tàpies luchó contra la tiranía de las normas para someterse a la que considera superior, la mística.

El artista mantiene una actitud de profundo escepticismo ante la religión cristiana y señala que las cruces que aparecen en sus cuadros ya se encontraban en China cinco mil años antes de Cristo, pero no niega su necesidad de trascender el mundo material y redescubrir antiguos mitos religiosos que pueden ser útiles al hombre moderno. En este sentido, la cruz aparece recurrentemente al igual que las lunas, los asteriscos, letras, números, figuras geométricas, etc., una especie de álgebra secreta, ecuaciones que dan sentido simbólico a su obra removiendo conceptos en espiral como si fuera un torbellino, son elementos conciliadores que marcan su propio espacio y demandan el rescate del origen, de lo primigenio, de lo mágico y de lo simbólico. Así, estos signos adquieren doble instancia: pueden inscribirse en el campo de lo real o alejarse del mismo para convertirse en una significación alegórica relativa al mundo interior del artista, evocando temas tan trascendentes como la vida y la

Ma i creu sobre gris, 1990

muerte, como la soledad, la incomunicación o la sexualidad.

Tal como Mondrian lo hizo, simplificando cada vez más el árbol en una serie de telas, llegó a reducirlo a su abstracción extrema: la cruz. Y ¿quiénes son sus ancestros guías: Velázquez, Goya o los artistas de una época anterior a toda escritura? En su oposición a la herencia figurativa vuelve a los materiales que le recuerdan la relación del hombre con la arquitectura. Sus cuadros son construcciones que permanecen en su lugar aferrados a la tela, la madera aglomerada o apolillada por efecto de la imbricación temporal, gracias a una hábil labor de ingeniería. Es su esfuerzo por regresar a la tierra las fuentes mismas del arte primitivo.

Antoni Tàpies se caracteriza por denotar en sus obras la integración de nuevas fusiones que revierten siempre en la creación de nuevos lenguajes: dentro del informalismo matérico, Tàpies emplea técnicas que mezclan pigmentos tradicionales del arte con materiales como arena, ropa, paja (ésta evoca el renacer de la vida, su vinculación con los mitos solares), etc; con predominio del collage y el assemblage (ensamblaje: tridimensionalidad conseguida colocando diferentes objetos-no-artísticos muy próximos unos a otros, para expresar un mensaje o emoción) y una textura cercana al bajorrelieve. Pinta sobre tela y en posición horizontal, con espátula, el pincel invertido o con sus propias manos. Cabe destacar que no añade elementos de fijación, por lo que las obras se degradan rápidamente; sin embargo, Tàpies defiende la descomposición como pérdida de la idea de la eternidad del arte. Es un ejercicio de reinventar la geografía de las cosas para darles nuevos significados: resemantización que entre otras cosas orienta al simple espectador para situarse en los mundos de la reflexión por un lado, y de las percepciones por el otro, sin dejar de lado la cosecha de incertidumbres, tal vez no en ese orden, añadiendo: ¿si no será el motivo fundamental de toda obra en primera instancia, el deseo de hacer surgir una discusión, aún cuando únicamente fuera entre la mente y ella misma? Tàpies: “Pienso que una obra de arte debería dejar perplejo al espectador, hacerle meditar sobre el sentido de la vida”.

Gérard de Nerval decía que “todo está en el fin”, éste no como un propósito, al menos así lo entiendo, sino precisamente en la finalización de algo. Si aceptamos esto como la concentración de un todo concretada en su parte final, podemos decir, en el caso de Tàpies, que al terminar su obra regresa al origen, y en ese preciso momento su obra se concreta, adquiere su esencial sentido. Esto lo podemos observar en su obra *Graffiti* (1995), realizada con técnica mixta sobre madera, de 3.13 x 1.60 mts. Con una sierra eléctrica sobre madera pintada de negro deja un trazo amarillento, descubriendo la veta del material primigenio, es decir, su natural semblante.



La obra de Tàpies, artista bien consolidado, ha tenido una gran valoración a nivel internacional, con exposiciones en los más prestigiosos museos del mundo. Por otro lado, ha recibido numerosos premios y distinciones, entre las que destacan el Premio de la Fundación Wolf de las Artes (1981), la Medalla de Oro de la Generalidad de Cataluña (1983), el Premio Príncipe de Asturias de las Artes (1990), la Medalla Picasso de la Unesco (1993) y el Premio Velázquez de Artes Plásticas (2003). Creciendo en medio de un ambiente liberal, Tàpies siempre remarcó que la confrontación entre el anticlericalismo de su padre y el catolicismo ortodoxo de su madre le llevaron a una búsqueda personal de una nueva espiritualidad, que encontró en las filosofías y religiones orientales, principalmente el budismo zen. Como un punto de inflexión en su vida y que marcará su trayectoria, fue su convalecencia por tuberculosis a los 18 años, circunstancia que le hizo replantearse el sentido de su vida, así como su vocación. Durante su estancia en el sanatorio de Puig d'Olena (1942-1943) se refugió en la música y la literatura, lecturas nutridas por Ibsen, Nietzsche, Thomas Mann, entre otros, mismas que alternó con la realización de copias de Van Gogh y Picasso.

No debemos olvidar su trabajo como grabador e ilustrador de libros y que es autor de numerosos artículos sobre arte, en definitiva, una forja que nos acerca al pensamiento de este particular artista.

En la actualidad existe en Barcelona, España, la Fundación Antoni Tàpies, un centro de estudio y conservación de su obra (1990).²¹

Christian Velázquez (Ciudad de México, 1958). Antropólogo mexicano por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), con una especialidad en arqueología. Dichos estudios los ha compartido con la literatura, escribiendo en algunos de sus géneros, como el cuento, el ensayo e incluso el periodístico, principalmente. Colabora regularmente en suplementos culturales, revistas y magazines, como La Fuente Querétaro. Radica actualmente en la ciudad de Querétaro.